

# Carcelona

**melusina** [sic] propone al lector una serie de reflexiones concisas, contundentes y microcósmicas sobre los aspectos básicos de la condición contemporánea.

Otros títulos de la colección:

*El arte de vivir del esfuerzo ajeno*

Iván Cosos

*Toda una vida*

Jan Zabrana

*Introducción a la cultura china*

Ernest Fenollosa

*La gran utopía*

Iñigo Bolinaga

*Necropolítica*

Achille Mbembe

*Cómo expropiar a los bancos*

Núria Güell (coord.)

*Guerra y revolución*

Karl Marx

Marc Caellas

# Carcelona

Prólogo de Pepe Ribas



**melusina [sic]**

© Marc Caellas  
© Del prólogo: Pepe Ribas  
© De la fotografía de la pág. 30: Oriol Maspons  
© De la imagen de la segunda solapa: (CC) Creatives Commons  
(algunos derechos reservados) a nombre de Chapateao, Arcadi Royo  
y Margalida Montoya. No se permite un uso comercial de la obra  
original ni de parte de ella, así como la generación de obras derivadas,  
sin permiso escrito de sus autores

© Editorial Melusina, s.l., 2011  
[www.melusina.com](http://www.melusina.com)

Reservados todos los derechos de esta edición

Depósito legal: B-31.736-2011  
ISBN-13: 978-84-96614-66-6

Impreso en Romanyà Valls, s. a.  
Impreso en España

## Contenido

<i>Prólogo</i>	7
Carcelona intro	13
I. Carcelona rules	15
II. Carcelona animals	31
III. Carcelona power	44
IV. Carcelona trademark	61
V. Carcelona rebels	71
VI. Carcelona love	81
VII. Carcelona cinema	95
VIII. Carcelona theater	105
IX. Carcelona tv	117
X. Carcelona words	129
Carcelona canon	139
Blogs / web consultados	141



## Prólogo

ME LLEGA EL MANUSCRITO valiente y esmerado de un colega con un título inquietante: *Carcelona*. Algunas de las fábulas que lo componen me han resultado familiares por haberlas leído en un blog sugerente en los meses que se cocía la indignación. Azar y destino, a través de un editor comprometido y obsesionado con los contenidos duros, han transformado los comentarios reelaborados por su autor en los reflejos de un espejo urbano que estremece.

Las crónicas breves de Marc Caellas relatan sensaciones padecidas por un nativo en el ecuador de la treintena que, tras vivir una década en las ciudades más populosas de Latinoamérica, vuelve a pisar las calles del «balneario impoluto» o del «parque temático infantil», como el autor define a la ciudad tras dos años de sabio pateo. Las calles apenas guardan memoria de los secretos de anteriores etapas, gracias a la remodelación y al diseño que envuelve con glamour de nuevo rico, por ejemplo, los sucedáneos de cocina catalana y



española de los restaurantes del centro a excesivos euros el cubierto.

El autor, atrapado por la marca Carcelona, que como Meca ideal tan bien promociona el Patronato de Turismo, había regresado, sin pelos en la lengua, con ilusión y ganas, en busca de la felicidad promocionada además de reencontrar amigos. ¿Y con qué se topa? Con su generación descolocada, con la normativa cívica impuesta: «multas a los internos que no recojan la caca de perro, a los internos que orinen o escupan en el pavimento, mientras las ratas voladoras, las palomas, lo ponen todo perdido.» Por no hablar de las amonestaciones que soportamos los sufridos nativos que, huyendo de la invasión turística y de la telebasura, nos sentamos en terrazas de los barrios populares o del Eixample a charlar con los amigos, además de disfrutar de las brisas veraniegas de una ciudad mediterránea tras la caída de la tarde. A las doce en punto, medianoche, hay que abandonarlas a la carrera porque incumplir la normativa implicaría una multa atroz al emigrante que te atiende.

Sentimientos, frustraciones, sensaciones estrechamente vinculadas con la fiebre normativa y las tácticas de los carceleros de la izquierda oficial que se apoderaron de la Transición. «La cultura en Carcelona se convirtió en un departamento del Ayuntamiento cuya principal misión era detectar





cualquier atisbo de rebeldía para, una vez localizado, seducirlo y comprarlo asumiéndolo como propio, convirtiendo a los agitadores, a los innovadores, a los provocadores en pseudofuncionarios anestesiados con un buen sueldo a fin de mes.» Y ahora, para su desgracia, esos blandengues odian el goce del otro y aman el sopor de lo estéril. La infelicidad hecha carne. ¡Una lástima!

Las breves crónicas de Caellas destilan un ironía fina, esmerada, sin miedo a la represalia por meter el dedo en el ojo, con cero resentimiento. Nadie tiene la culpa de que la fiesta de la patrona de Carcelona coincida con la de las instituciones penitenciarias, ni de que la fiesta de los presos sea más chistosa que los carísimos anuncios publicitarios de Woody Allen. La elegancia en la prosa de Marc Caellas no es forma hueca o vendida, es fondo que obliga a la reflexión sobre la libertad amañada. Nace de un hecho intrascendente, una experiencia personal o un sentimiento que inmediatamente incita a la reflexión inteligente, elaborada por quien ha bebido las fuentes adecuadas y no vacila en denunciar la falsedad histórica de los falsos defensores de la patria, es decir, los especuladores que imponen su canon y desdibujan el paisaje que ha ido configurando la identidad.

Fuentes adecuadas. Caellas sabe digerir con paciencia de orfebre cuantas lecturas ha cosechado. Descubro algunas influencias locales bien



digeridas: el blog de Manuel Delgado o los crucigramas de Isabel Núñez; percibo al gran escritor nacido en mi amada Buenos Aires, Rodrigo García, David Foster Wallace, Manuel Chaves Nogales, Bolaño y Vila-Matas.

¿Y qué decir de la prensa de la ciudad y de sus opinadotes o maestros en el autoengaño? Como desvela *Carcelona*, ellos buscan convertirnos en nuestros propios carceleros. Por lo demás, los personajes que agreden en la narración no tienen nombre; unos son metáforas de comportamientos mata-espíritu con mentalidad de funcionario, otros especialistas en acaparar subvenciones con las que convierten el teatro en algo ridículo y provinciano, y la obra de arte en estafa antisistema. También nos habla de la gestión cultural de Berlín, en las antípodas de la jerarquía estalinista que gestiona la de aquí, o de deseos imposibles para un nuevo teatro en Carcelona.

Pero toda sumisión tiene remedio, la rosa de los fuegos nunca apaga su brasa y las nuevas generaciones toman al relevo de quienes tratamos de mantener vivo el conflicto desde que tenemos la razón y la sensibilidad en marcha, sin temor al ostracismo ni a que el poder nos aplaste la moral; el conflicto es la vida misma.

*Carcelona* es algo más que un antioxidante, es el revulsivo contra la farsa que da asco. La pequeña pieza de un indignado que mantiene la espada



en alto con talento. El talento es nocivo para los mediocres y no se compra con dinero. *Carcelona* puede ayudar a colocar el punto y aparte a la decadencia de una ciudad-estado que merece unos gobernantes menos corruptos, una prensa atrevida y unos ciudadanos más despiertos. Y si no a las plazas, que nos pertenecen, como el dinero público y la cultura que nos place.

PEPE RIBAS



Si dividiéramos todas las descripciones de ciudades en dos grupos, de acuerdo al lugar de nacimiento de sus autores, ciertamente encontraríamos que aquellas escritas por nativos de esas ciudades están en franca minoría. El pretexto superficial —lo exótico y lo pintoresco— aparece sólo ante el extranjero. Describir una ciudad como nativo requiere otras motivaciones más profundas: los motivos de una persona que viaja al pasado, más que a lugares extraños. El relato sobre una ciudad hecho por un nativo siempre tendrá algo en común con las memorias; no es un accidente que el autor ha pasado su infancia en ese lugar.

Walter Benjamin

He vivido la mayor parte de mi vida en una cárcel de oro.

Ron Wood




## Carcelona intro

EN ENERO DEL 2009, después casi diez años vi-  
viendo en São Paulo, Miami, Caracas y Bogotá,  
regresé a mi ciudad natal. Conseguí un buen tra-  
bajo, alquilé un buen apartamento y recuperé el  
contacto con algunos de mis viejos amigos. Des-  
de el primer día sentí que no era suficiente. Algo  
en el ambiente me oprimía, coartaba mi libertad  
y reprimía mis sentimientos. Nunca entendí del  
todo las razones de esta insatisfacción. Fruto de  
esa perplejidad nació Carcelona, el blog. Duran-  
te meses, una vez por semana, fui relatando estas  
contradicciones vitales en las que me vi sumido,  
intentando aplacar con buen humor las miserias  
de la vida cotidiana. Recibí una buena respuesta  
entre mi círculo de conocidos locales y bastantes  
críticas de mis amigos del otro lado del charco  
que no entendían que defendiera el caos de las  
ciudades latinoamericanas y criticara el orden eu-  
ropeo. Este libro es un intento de explicarme mis  
problemas con una ciudad que amo y odio con la  
misma pasión y a la que regreso periódicamente con



la ilusión de ser feliz entre sus calles. Este objeto que tienen en sus manos es un trabajo original. No es una simple compilación de textos publicados previamente en el blog, sino que se construye como algo nuevo a partir de sensaciones incubadas durante estos últimos años. En algunos casos he respetado casi íntegramente los textos, como la crónica taurina de la Monumental, pero en la mayoría de los casos se trata de creaciones originales pensadas para esta edición. Mi agradecimiento al combativo editor José Pons Bertran por el interés, a Pepe Ribas por su desmesurado y generoso prólogo, al improbable lector por la confianza y a todos los que han contribuido con sus consejos, opiniones y críticas. Y, especialmente, a mi gouchita pop, por pagar la fianza y permitirme salir en libertad condicional.







# I

## Barcelona rules

### LA DICTADURA DEL CIVISMO



La vibrante escena cultural de la ciudad en los años setenta terminó con la «modélica» Transición. Como bien ha ido contándonos Guillem Martínez en sus libros y en su imprescindible blog, la cultura de la transición fue la manera que encontró la izquierda para secuestrar a la cultura. La cultura en Barcelona se convirtió en un departamento del Ayuntamiento cuya principal misión era detectar cualquier atisbo de rebeldía para, una vez localizado, seducirlo y comprarlo, asumiéndolo como propio, convirtiendo a los agitadores, a los innovadores, a los provocadores en pseudo-funcionarios anestesiados con un buen sueldo a fin de mes. Y es que la clase dominante de Barcelona, las famosas cien familias, discretas pero eficaces, odian el conflicto, lo consideran algo de incultos, de exaltados, de gente sin modales ni educación. Esta clase dominante, convenientemente camuflada de clase media, se ha esforzado





durante los últimos treinta años en implementar la dictadura del civismo. Su cruzada ideológica ha consistido en imponer los criterios que definen a un buen ciudadano. Palabras como civismo, ciudadanía, civilidad se fueron incorporando paulatinamente al lenguaje coloquial. Palabras abstractas utilizadas para hacer callar al disidente. Palabras usadas hasta la saciedad para desactivar el conflicto, entendiendo la diferencia como un problema estético. Que sean rebeldes, si quieren, pero en su casa, porque cuando lo son en la calle la ensucian. Que protesten, si no tienen nada mejor que hacer, pero que no tiren papeles al suelo. Se trata de una manera ingeniosa de manipular porque nunca se discute el fondo sino la forma. En la Carcelona del diseño y de los escaparates la imagen es lo relevante. De ahí la necesidad del civismo, o sea un catálogo de buenas «maneras»: uno para el invierno y otro para el verano.

A finales del 2005 el Ayuntamiento de Carcelona aprobó la ordenanza del civismo, una serie de reglas creadas para ordenar y perseguir determinadas conductas públicas en la ciudad. Vigilar y castigar. Secuestrar el espacio público. La aprobación de esta ordenanza, en la que se metía en el mismo saco a la prostitución y al *skateboarding*, fue la aceptación de un fracaso palmario: la incapacidad de gestionar los conflictos. ¿Qué otra





misión tiene una administración pública sino encauzar las diferencias? La mayoría de conflictos no pueden solucionarse, básicamente porque no tienen solución. Lo que sí pueden es gestionarse. Sin embargo, las autoridades optaron por una tercera vía: prohibirlos. Exterminarlos. Anularlos. Imponer la dictadura de la clase media. Fundaron el balneario impoluto, el parque temático infantil, la cárcel de oro. Siempre con la sonrisa perpetua, con una amabilidad desbordante, fascinando a propios y a extraños, especialmente a los profesionales liberales, arquitectos, diseñadores, abogados, etc., que se frotaban los ojos y no podían creer lo que se les ofrecía: la ciudad soñada, donde sólo existe la clase media.